



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12041

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 28 DE DICIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡QUE LÁSIMA!

En el insondable mar de las pasiones, vamos naufragando poco a poco, ora como flor libidinosa y casquivana que muere en una exhalación postrera de perfumes, ora como ministros acosados por indisciplinadas mayorías que pierden la cartera y el coche en las en crucijadas de una votación.

No hay dicha completa. Ya lo dijo en momento solemne un sabio ilustre habiendo o contra el impulso de consumos: *Vanitas vanitatum*.

Desde que vení nos al mundo lo creemos alcanzado, cogemos el vacío, la nada. Digamos si no el hombre enfurecido por haber realizado un mal negocio: pretende coger el cielo con la mano y se queda perplejo mirando la impotencia de su furia.

Hay horas que no pasan, es decir, que pasan muy despacio. Constituidas por particulares microscópicas de tiempo de gestación parezosa y difícil, traen en sus minutos y segundos algo así como una somnolencia del cansancio. Si no existieran estas horas enervantes, el tiempo correría como en bicicleta, velocísimo, y la vida sería rapidísima sucesión de sensaciones comenzadas y concluidas en un abrir y cerrar de ojos.

Ni el telégrafo con hilos, que conduce la palabra a caballo sobre el férreo alambre, ni el recientemente inventado por Marconi, que envía el pensamiento muellemente reclinado en la atmósfera, sirven a nuestra felicidad, que es otro mito, como lo demuestran el bacillus de Koch y todos los bacillus más ó menos comas o spiralis que desde que nacemos nos acechan con su ferocidad liliputiense, no menos insana por residir en cuerpos invisibles.

Causa tedio el pensar; tristeza el

escribir; angustia el ánimo observar como se ensarzan en la cruel batalla por la vida todos los que aspirando a prolongarla la acoran sucumbiendo en la lucha.

Y es lo peor de todo que ese combate continuado, sin término, constituye una necesidad del vivir. Ya lo dijo el otro: «la muerte se alimenta de la vida» y en tanto que aquélla no quede cesante, hay que entrarse por los remos de la Naturaleza haciendo destrozos.

¡Qué lastima! Vivimos en perfecta zozobra por causa de esa lucha cruel, enviando a los mudos que pasan callados por la noche ante nosotros las oscuras pupilas, llenando el espacio sentir del Universo.

Mientras las inhumanidades de ellos gozan de dulce calma, sin miedo a que el empleado de consumos les pinche las piernas y agenas a los sentimientos y apetitos estrambóticos que solicitan la atención de esta doliente humanidad, nosotros vivimos sin saber con qué objeto y nos matamos ignorando por qué.

Vivimos en el caos. Entre las sombras de la noche circulan las ideas prendiendo aquí y allá; brotan los sinsabores doquiera posamos nuestro pie; rujen desatadas las pasiones placidas y coronando esa pirámide de males la imagen de la guerra llama a su tranquilo regazo a los que sienten deseos de vivir.

¡Qué lastima!

La humanidad vacila, se derrumba, se cae empujada por los vientos del Norte.

Si el ministro de Hacienda no hace bajar los cambios con su proyecto de pagar en oro, no tardará en dibujarse en el cielo de nuestra península esta frase que nos pone la carne de gallina:

Fini Hispania.

TIJERETAZOS

Dice el vulgo, cuando quiere referirse á la divina justicia, que «Dios no se queda con nada de nadie.»

Y tiene razón: aquí es en ese otro mundo que existe al otro lado de la muerte, todo lo mal hecho se paga.

A Kitchener le toca purgar en este mundo las tropelías del Transvaal.

Verán ustedes.

El generalísimo, que ya es un hombre viejo, se enamoró á deshora de una muchacha inglesa muy bonita; y si al principio ésta no le hizo caso por la desproporción de edad, al fin se decidió por él; seducida por la gloria que el generalísimo alcanzó en el Sudán.

Pero se le antojó á Kitchener concentrar á los boers, y á los perdidros franceses publicar fotografías de los campamentos de los reconcentrados, y la joven inglesa que ha visto algunos y leído los relatos de lo que en ellos pasa, se ha sentido invadida por una repulsión tremenda contra el autor de cosas tan horribles.

Hay providencia.

O como dice el vulgo:

Dios no se queda con nada de nadie.

Si después del desastre amoroso naufraga Kitchener en el Transvaal, los infinitos boers que han muerto por su culpa habrán sido vengados.

Dice un articulista:

«Las palabras de bondad, de justicia y de misericordia suelen andar de boca en boca á cada momento.»

¡Nada más que esas!

¡No le parece á usted que al lado del «Dios leampare» dicho un apéndice por un sujeto que va madurando en su mente el miedo de satisfacer un vicio que cuesta dinero, puede figurar el «querido amigo» dicho á persona que nos es indiferente, ó el «¿cuánto lo siento!» de quien no siente nada?

Convencionalismos, compañero, convencionalismos.

O mentiras para engañar al prójimo.

Ha dicho en el Congreso el señor Azcárate, que en el ministerio de Hacienda había un empleado que era una especialidad en la confección de presupuestos.

Los hacía de encargo, con *superabit*, con déficit ó nivelados, á gusto del consumidor.

Valiente situación la de los diputados que discuten seriamente los mencionados presupuestos.

Como, poco airoso no la hay igual.

Y como ridicula para los que estaban en el secreto, tampoco.

LA EXPRESION DE LOS OJOS

No hay ojos expresivos.

La expresión de los ojos, está realmente en los párpados, pues aquéllos de por sí, y aisladamente, tienen la misma expresión que si fueran de mármol, digan lo que quieran los enamorados y los poetas.

Un oculista eminente dice:

«Obsérvese y se verá que tengo razón al decir que los ojos carecen de expresión. Si por un ruido se me llama la atención hacia un objeto, mis párpados superiores se levantarán un poco, pero los ojos no se alterarán en nada.»

Si la sorpresa causada por la interrupción continúa, los levantaré un poco más y quizá levante la piel de la frente, incluso las cejas, pero los ojos continuarán lo mismo que antes.

Cuando nos asombramos abrimos desmesuradamente los ojos, pero sin arrugar la frente, y sin que el globo del ojo exprese nada.

Obsérvese la cara de una persona que ríe y se verá que los párpados inferiores se levantan y hacen los ojos más largos y estrechos.

Los párpados inferiores no tienen músculos propios y se mueven por la contracción de los músculos adyacentes cuando uno se ríe. Esta es la razón por la cual las personas que se ríen mucho tienen una porción de arrugas en los extremos de los ojos.

La expresión de una persona meditabunda se produce dejando caer el párpado superior; algunas personas lo bajan tanto que casi no se ve la pupila; el párpado inferior permanece estacionario y lo mismo le sucede al ojo.

Si la meditación es sobre un asunto molesto para el que piensa, la expresión es muy distinta: los párpados se contraen y las cejas se unen y se bajan.

Hay también expresiones emocionales, como la de ira; los ojos en vez de cerrarse se abren desmesuradamente y las cejas se unen.

Al expresar tristeza, los párpados superiores descienden hasta la mitad del camino y el repliegue de la piel se une allí dando al párpado un aspecto de pesaduz.

Pero en ninguno de estos casos sufre el ojo alteración. Todo lo más que puede hacer una persona muy nerviosa es, en momentos de gran emoción, contraer ó dilatar su pupila.»

CURIOSIDADES

El príncipe Lubomirski ha emprendido por una apuesta una cabalgata de duración extraordinaria.

El día 22 de Noviembre salió de Spa con dirección á Niza, á donde debe llegar en el mismo caballo y teniendo éste en perfecto estado de fuerzas y de salud, pues tal es la condición especial de la apuesta.

La excursión sería un paseo agradable en primavera ó en verano; pero en esta época del año la harán difícil las nieves que cubren las montañas de los Vosgos, del Jura y de los Alpes.

El príncipe avanza á razón de 40 á 50 kilómetros por día y le acompaña un picador.

Al terminar cada jornada se cuida á los dos caballos, háptandolos, cubriéndolos con pieles de carnero; lavándose las patas con agua caliente mezclada con harina de linaza y dándoles de beber agua tibia con un poco de cognac.

Los niños esquimales, cuando nacen, son casi blancos; sólo tienen una mancha redonda en la espalda, del tamaño de una peseta.

Desde este punto se va extendiendo el color por toda la epidermis, llegando á dejar al muchacho, al cabo de poco tiempo, tan bien aculstado como una pipa de espuma de mar.

Otro tanto ocurre á los japoneses.

El Japón está poniéndose á la cabeza del progreso aún en las cosas científicas, y no sin justicia se da á los japoneses el nombre de yanquis de Asia.

Recientemente han estado haciendo allí experimentos de mucho interés para la producción artificial de la lluvia, y los resultados han sido satisfactorios.

Consistieron en enviar una corriente eléctrica á la atmósfera, y comenzaban las pruebas á las once de la noche.

parece, pero es muy joven aún. Mi pobre mujer cayó un día de lo alto de un pino y murió.

—¡Dios la haya acogido en su seno!

—Yo quedé tan triste que durante tres días permaneci sin sentido y todos creían que estaba muerto. Cuando desperté lloré mucho, y lloro todavía, aun cuando Jaghenba es una buena chica.

Apenas la recuerdo, cuando marché era muy pequeña.

—El día de Santa Inés cumplió quince años; yo hace también mucho tiempo que no la veo.

—¿De dónde venís?

—De la guerra.

Matzko, olvidando su propio dolor, interrogó á su amigo:

—¿Habéis combatido al lado del príncipe Vitoldo?

—Sí, pero la fortuna nos fué adversa. Los tártaros nos derrotaron en Edige. Los nuestros creyeron que era fácil vencer á aquella canalla, pero después de muchas horas de lucha vimos que de cada diez de los nuestros solo quedaba uno en pie. No podía imaginarnos la carnicería que hubo; setenta príncipes rusos y lituanos quedaron en el campo de batalla.

—Ya lo oí decir.

—También murieron nueve templarios. El príncipe, desde el principio de la lucha, se rodeó de los po-

Zbishko quedó admirado de la contestación, pero bien pronto salió de dudas cuando la misma voz que la autonaba gritó:

—¿Cómo está el viejo Matzko? ¿Respira aún?

El aludido incorporándose exclamó:

—¿Quién pregunta por mí?

—Zich de Zgogelitz; hace ya una semana que os busco y pregunto por vosotros.

Deciendo estas palabras se adelantó el desconocido y estrechó la mano del tío y del sobrino.

—¿Cómo estáis?— les preguntó.

—Mal, mal;— dijo Matzko,—pero me alegro de veros, porque me parece estar ya en Bogdanetz.

—Me han dicho que los alemanes os han herido,

—Sí, y por desgracia me ha quedado entre las costillas la punta de una lanza.

—¡Virgen Santa! ¿Habéis bebido grasa de oso?

Zbishko exclamó:

—Todos se lo han aconsejado; si estuviésemos ya en Bogdanetz, procuraríamos matar un oso con mi bacha.

—Quizá Jaghenka tendrá grasa de esa.

—¿De quién queréis hablar? Me parece que vuestra mujer no se llamaba así.

—Hace años ya que murió la pobre. Jaghenka se le

El sacerdote de la parroquia confesó á Matzko y les ofreció á él y á Zbishko hospitalidad durante la noche.

Aceptaron y prosiguieron su camino á la mañana siguiente, dirigiéndose hacia Blosia para pasar luego á Polonia.

El camino atravesaba espesas selvas dentro de las cuales, al ponerse el sol, se oía el mugido de los búfalos, de los cuales se veía brillar los ojos entre las ti-